Globethics Repository



Difíciles opciones frente a los impases latinoamericanos [Difficult choices facing Latin American impasses]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Dupas, Gilberto
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-05 11:21:51
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218558

Difíciles opciones frente a los impases latinoamericanos

Los Estados latinoamericanos son entidades a medio camino entre los intereses del capitalismo transnacional privado y las exigencias socioeconómicas de sus poblaciones. El reto que se les plantea pasa por establecer políticas más limitadas a sus necesidades sin desatender la lógica global. La vinculación de los Estados nacionales con el juego global debe acometerse, primero, a través de la concreción de alianzas regionales definidas tanto por necesidades comunes como por la complementación de ventajas relativas y, luego, consolidados en un bloque de alcance transnacional.

Gilberto Dupas

En las dos últimas décadas del siglo XX, el discurso neoliberal barrió las economías mundiales. El vacío teórico y la incapacidad de gestión de los Estados nacionales, que siguieron a la crisis poskeynesiana, vieron surgir ardorosos defensores del *Estado mínimo*: la reducción de las dimensiones del Estado fue presentada como fundamental para resolver los problemas de un sector público estrangulado por sus deudas. Se pregonó también la flexibilización del mercado de trabajo como condición importante para hacer frente al desempleo.

Gilberto Dupas: coordinador general del Grupo de Coyuntura Internacional de la Universidad de São Paulo (USP) y presidente del Instituto de Estudios Económicos e Internacionales; autor, entre otros libros, de *Economia Global e Exclusão Sócial* (Paz e Terra); *Ética e Poder na Sociedade da Informação* (Unesp); *Hegemonia, Estado e Governabilidade* (Senac); *Tensões Contemporâneas entre o Público e o Privado* (Paz e Terra); *Renda, Consumo e Crescimento* (PubliFolha) y *Atores e Poderes na Nova Ordem Global* (Unesp).

Palabras clave: globalización, hegemonía, Mercosur, ALCA, transnacionalización, América Latina, América del Sur.

Las consecuencias de dicho proceso fueron crisis que afectaron principalmente a América Latina y a la mayoría de los grandes países de la periferia, provocando un aumento significativo de la exclusión social en buena parte del mundo. Esto acarreó la marginación de grupos que, hasta hace poco tiempo, estaban integrados al patrón de desarrollo. Para complicar aún más el cuadro, el proceso de globalización, apuntalado por la revolución en las tecnologías de información y comunicación, elevó incesantemente las aspiraciones de consumo de un gran porcentaje de la población mundial, incluso de los excluidos. La globalización ha comprometido progresivamente el poder de los Estados, restringiendo la operatividad de sus principales instrumentos discrecionales. Las fronteras nacionales pasaron a ser todo el tiempo transpuestas, asumidas como obstáculos a la libre acción de las fuerzas de mercado.

La cantidad de exigencias que el FMI impone progresivamente a los países que necesitan ayuda ha crecido bastante, y los criterios adoptados revelan tanto anomia como parcialidad

El Fondo Monetario Internacional (FMI), que había sido creado para financiar desequilibrios temporales en el sistema internacional, terminó llevando a la mayoría de los países a adoptar un tipo de cambio flotante y un elevado grado de apertura con el exterior. Pasó de ser inductor del desarrollo y auxiliar de los países en crisis a, muchas veces, lanzarlos más rápidamente al impase. La cantidad de exigencias que el FMI impone progresivamente a los países que necesitan ayuda ha crecido bastante, y los criterios adoptados revelan tanto anomia como parcialidad.

Los Estados nacionales ya no logran responder a las demandas que les son hechas y tampoco garantizan la supervivencia de los ciudadanos, expulsados progresivamente, y en grandes cantidades, del mercado de trabajo formal. Sucede lo que podría llamarse el «efecto democracia»: aumenta el número de desocupados y pobres, creciendo así su base política. Se introduce, entonces, una clara disonancia entre el discurso liberalizante de las elites y su praxis política. Mientras tanto, la cuestión concerniente al futuro papel de los Estados nacionales sigue abierta, así como también la creciente disparidad entre las demandas sociales y la imposibilidad del Estado para atenderlas de modo convencional, ya que, mientras el capitalismo global prospera y las ideologías nacionalistas avanzan en todo el mundo, el Estado-nación pierde cuotas considerables de su poder.

En un nivel más amplio, se podría decir que la estrategia ideal del capital sería fundirse con el Estado bajo la forma del Estado neoliberal. Inversamente, el

objetivo de la sociedad civil sería el de construir una alianza entre ella y el Estado. Al programa neoliberal le gusta imaginarse regulándose y legitimándose autónomamente. El programa de la sociedad civil, en cambio, dependerá siempre de la confianza que sus organizaciones inspiren a los ciudadanos, que las consideran sus defensores legítimos. La definición de estrategias en este complejo nuevo juego, exige un abordaje interactivo tanto de la reciprocidad como del antagonismo entre los múltiples actores en busca de sus espacios de acción y de poder.

La utilización continuada de las formas de amenaza y sanción por parte de los capitales e inversiones globales da lugar a crisis de legitimidad del propio capital

El principal instrumento de poder de las corporaciones transnacionales y del capital global es la capacidad de decir no: *salgo*, *no entro*, *no me quedo más*. Esta decisión se constituye en un acto político por excelencia y es suficiente para originar inmensos traumas. El criterio de *decir sí* sigue un patrón: orientación neoliberal del Gobierno, tamaño relativo y ritmo de crecimiento de las deudas interna y externa, ortodoxia monetaria y fiscal, etc. El metapoder de la economía mundial frente a los Estados nacionales consiste, pues, en la opción-salida.

Los actores de la economía global son extremadamente eficaces y flexibles en el ejercicio de este poder, operando con sanciones y recompensas. El poder de no invertir es levantado como una inmensa amenaza. Lo que sanciona este poder es el *principio de la no alternativa*. La economía neoliberal es lo que está disponible para aquellos que quieran formar parte del mundo global. Sin embargo, la vulnerabilidad de este inmenso poder reside en su legitimación social. El metapoder de la economía global es extensivo, difuso y no autorizado, puesto que no dispone de legitimidad propia. Por esta razón, Ulrich Beck sostiene que la economía global es vulnerable a la violencia al mismo tiempo que depende de ella. Cabe recordar que poder y violencia poseen naturalezas diferentes. La utilización continuada de las formas de amenaza y sanción por parte de los capitales e inversiones globales da lugar a crisis de legitimidad del propio capital. El poder, a largo plazo, no puede prescindir de legitimidad; su estabilidad reposa en gran medida sobre la evidencia de la aprobación social, de lo contrario genera violencia y anarquía. De allí el papel esencial –al menos en los países de tradición occidental– de las instituciones democráticas, que no se constituye en la legitimación general del poder y de la dominación de los más fuertes, sino en la obtención de un consenso que sancione el ejercicio del poder, y de la dominación en beneficio de una gobernanza que sea entendida como socialmente benéfica.

Es especialmente preocupante la realidad de los sectores más jóvenes, entre los cuales las tasas de desocupación se han incrementado mucho, exponiéndolos a situaciones de supervivencia que los vuelven un «ejército industrial de reserva» del crimen organizado

América Latina se está volviendo más pobre. Aunque sus gobiernos hayan elevado los gastos sociales en 58% per cápita entre 1997 y 2002, más de 20 millones de latinoamericanos cayeron por debajo de la línea de pobreza. Pese a los miles de millones captados por las privatizaciones, la relación deuda/PBI creció del 37%, en 1997, al 51%, en 2002. El desempleo subió del 10% al 15%. Cuanto más pobres son los países, mayor es la percepción de los riesgos y menores las inversiones. Crece la inmigración. Y ahora, para complicar un poco más la situación, las tasas de interes de Estados Unidos están subiendo.

Los países latinoamericanos habían respondido con gran ímpetu al discurso hegemónico de integración a los mercados globales que ha primado a partir de la segunda mitad de los años 80. El crecimiento medio de sus importaciones sobre el PBI, que saltó de un umbral del 11% al 19% durante las dos últimas décadas del siglo XX, pone claramente en evidencia dicho esfuerzo de integración. El resultado de esa apertura en su balanza de bienes y servicios fue, sin embargo, un continuo incremento de los déficit, tendencia que solo se revirtió a partir del año 2000, gracias a la fuerte recuperación de las exportaciones de Brasil y Argentina, aun luego de las graves crisis cambiarias que obligaron a estos dos países a intensas devaluaciones de moneda. Dicho déficit, que había sido compensado hasta 1997 con la expresiva entrada de inversiones extranjeras directas, aumentó nuevamente con la fuerte caída de estos flujos externos a raíz del fin de las privatizaciones y de la crisis internacional, lo que hizo que la deuda externa volviera a crecer. Por su parte, la transferencia líquida de capitales hacia América Latina, que durante los años 90 se venía manteniendo positiva en el promedio anual de 20.000 millones de dólares, a partir de 2000 se volvió negativa, llegando a una pérdida de 40.000 millones en 2002. En lo concerniente al crecimiento económico, el PBI de la región mantuvo un comportamiento mediocre. No es exagerado afirmar, en este sentido, que la década de los 90 y el principio de los años 2000 fueron otro «periodo perdido» más para la economía latinoamericana. En realidad, el único aspecto claramente positivo en este periodo fue el control de los procesos hiperinflacionarios, especialmente en Brasil, Argentina y Perú. La población latinoamericana por debajo de la línea de pobreza evolucionó sucesivamente de 41% del total en 1980



(136 millones de personas) hacia 44% del total (237 millones) en 2003. A pesar de la fuerte «modernización» de las economías, persiste, pues, en la región, un cuadro grave y creciente de miserabilidad de sus sociedades. Para tan solo reducir a la mitad dicho cuadro de pobreza entre los niños, sería necesario un crecimiento medio anual de las economías del 5% hasta el año 2015, índice inviable para la mayoría de los países del área. Cerca del 50% de la fuerza de trabajo se encuentra en la informalidad. Y es especialmente preocupante la realidad de los sectores más jóvenes, entre los cuales las tasas de desocupación se han incrementado mucho, exponiéndolos a situaciones de supervivencia que los vuelven un «ejército industrial de reserva» del crimen organizado. Por otra parte, crecientes tasas de desigualdad afectan a toda la sociedad, reduciendo la capacidad de ahorro nacional y el mercado doméstico, imposibilitando la producción en escala y contribuyendo con efectos perversos sobre la gobernabilidad democrática, el clima de confianza interpersonal y el capital social.

Naciones como Brasil y Argentina están teniendo experiencias amargas con el deterioro de su mercado de trabajo. Pero también México –que alimentó intensamente la idea de que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y su frontera porosa con el gigante norteamericano lo harían avanzar en la cuestión social– se diluye ahora al ver cómo una parte significativa de los empleos que generaron sus maquiladoras empieza a tomar rumbo hacia China. Mucho se ha dicho sobre las supuestas ventajas que tendría México al entregarse al comercio libre con EEUU y Canadá. El discurso dominante de los años 90 exhibía este aparente caso de éxito como una prueba irrefutable a favor de las ventajas del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Y aunque la apertura comercial haya propiciado el salto extraordinario en el flujo de comercio del país, de 100.000 millones a 350.000 millones de dólares anuales, el balance social del pos-Tlcan fue decepcionante. Prácticamente todos los indicadores sociales en el periodo que va de 1994 a 2004 empeoraron en México. El desempleo aumentó. Fueron agregados cerca de 500.000 puestos de trabajo en el sector manufacturero, pero el agropecuario, el más perjudicado con la apertura del comercio, perdió 1,3 millones de empleos. La inmigración ilegal hacia EEUU siguió aumentando después del Tlcan: de 700.000 en 1994 al pico de 1,3 millones en 2001. El número de mexicanos clandestinos en ese país creció de 2 millones (1990) a casi 5 millones (2000); sumados a los legales, debe haber alrededor de 15 millones de mexicanos en EEUU. Y es del giro de dólares de ese enorme contingente de inmigrantes que dependen cada vez más las familias mexicanas para sobrevivir. A la teoría neoliberal le gusta asegurar que un país con abundancia de trabajo no calificado, y que se abra al comercio, tendrá garantizado el crecimiento inevitable de sus sueldos. Sin embargo, la remuneración real de la

mayoría de los mexicanos es hoy más baja que cuando se inició el Tlcan –incluyendo los sueldos en las maquiladoras y en las demás industrias– y la desigualdad de ingresos aumentó. Comparado con el periodo anterior, el 10% de las familias del estrato superior aumentó su proporción en la renta nacional y el mismo 31% de los ciudadanos continúa en la pobreza extrema.

Aunque el Mercosur prospere, en su escala actual sería totalmente insuficiente para ser un actor en el juego global

De esta manera, América Latina, más que cualquier otra región del mundo –con excepción del África subsahariana– viene sufriendo las graves consecuencias de la globalización de los mercados y de las finanzas. La marcha acelerada de la globalización ha comprometido progresivamente el poder de los Estados nacionales, subordinándolos a metas monetarias rígidas, que les impidieron practicar los principios keynesianos que rigieron en la mayor parte de los países del mundo durante la segunda mitad del siglo pasado. Todo ello terminó por hacer de América Latina la segunda región de mayor criminalidad y la primera en desigualdad de ingresos en todo el mundo.

La ineficacia del discurso hegemónico y los nuevos caminos

Quedó caracterizado, pues, un impase del cual el discurso hegemónico de las instituciones internacionales y de las naciones centrales ya no puede dar cuenta. A los grandes países de la periferia, como México, Brasil y Argentina, ya no les resta alternativa que no sea insertarse en la lógica de las grandes cadenas globales. Al hacerlo, empero, entran en la feroz disputa por capital e inversiones internacionales, y se ven obligados a bajar cada vez más los costos de sus factores de producción para atraer partes de las cadenas productivas de las grandes corporaciones transnacionales. La consecuente competencia predatoria a la que están librados los países latinoamericanos tiene un precio alto: reducción progresiva de márgenes de acción y erosión de la soberanía nacional y de las condiciones de gobernabilidad. Tanto los gobiernos como la opinión pública se van transformando en espectadores y la legitimación democrática se va debilitando. Este es un campo abierto para el populismo y para simulacros de democracia, tan recurrentes en América Latina.

En verdad, los países centrales insisten en prohibir que los países periféricos usen las mismas políticas que los convirtieron a ellos en países ricos. En el caso del continente americano, los países latinos han sido siempre vistos por la potencia hegemónica norteamericana como un territorio bajo su influencia directa y en

el cual las corporaciones norteamericanas deberían tener prioridad. En lo que respecta a los acuerdos comerciales, estos nunca han pasado de ser una versión contemporánea de los «tratados desiguales» que Inglaterra y otros países centrales solían imponer a los países dependientes de otrora. Es el caso típico del ALCA, que EEUU querría imponer a América Latina. Este acuerdo quebraría las resistencias finales a la entrada avasallante de productos y servicios estadounidenses sin ninguna garantía de apertura relevante o permanente del mercado norteamericano, lo que sofocaría aquello que quedó de industrialización y agregación de valor en la región. Los países latinoamericanos no tendrían siquiera la garantía de convertirse en productores primarios preferenciales. Basta observar la resistencia férrea de EEUU para reducir sus subsidios agrícolas.

Frente a tales impases, ¿qué caminos se pueden proponer para América Latina? El primero de ellos es el mantenimiento de una dura lucidez sobre las lógicas y las fuerzas en juego, así como retomar –dentro de los estrechos límites de lo que permite esa relación de fuerzas– políticas públicas autárquicas que amortigüen un poco los efectos negativos de este nuevo juego global. Ello implica, entre otras medidas, la permanente búsqueda de agregación de valor a la producción local mediante el desarrollo de patrones tecnológicos originales y la continua mejoría de la eficiencia operativa. Sin embargo, frente al tamaño de las asimetrías y de las fuerzas negativas generadas por el juego del mercado, estas medidas no bastan. Otro camino, que debe ser trazado necesariamente en concomitancia con el primero, es la adopción de políticas transnacionales. En realidad, como ya hemos mencionado, el poder privado no sustituye o debilita a la autoridad pública solamente por el hecho de ser más eficiente, sino por crear un medio de legitimar sus intereses particulares sin tener que asumir las consecuencias públicas de sus actos y de buscar el complejo consentimiento democrático, este último siempre obligado a renovar su legitimación.

Antes que nada, por lo tanto, hace falta tener en cuenta que escala y peso específico son condiciones fundamentales para negociar en el juego global. Ello impone renunciar a falsas soberanías en nombre de una nueva escala que dé alguna autonomía negociadora en relación con las corporaciones y el capital. En el caso de América Latina, todavía están por verse intentos serios de regionalización transnacional efectivo, intentos que, anteriormente, nunca han pasado de ser caricaturas limitadas de acuerdos comerciales tímidos y repletos de excepciones. El Mercosur, su experiencia más relevante, se deterioró luego de las crisis e inestabilidades cambiarias de Brasil y Argentina, socios que detentan el 97% del PBI del bloque y cuyo comercio reculó hasta el pequeño rubro de las especialidades. Pero, aunque el Mercosur prospere, en su escala actual sería to-

talmente insuficiente para ser un actor en el juego global.

Por su parte, América del Sur, con sus 361 millones de habitantes y 954.000 millones de dólares de PBI, concentra una masa crítica de población significativa del mercado mundial, ya sea en términos de consumo o en términos de mano de obra. Aisladamente, cada uno de sus países –incluso los siete mayores, en donde se concentra el 87% del PBI subcontinental– siempre tendrá un poder muy restringido y estará fácilmente expuesto a la trampa de la especialización competitiva y de la guerra de precios relativos, tan afecta a la lógica de las corporaciones transnacionales. Juntos, ellos podrían tener buenas oportunidades para definir términos de intercambio más favorables a partir de sus complementariedades o sinergias. Pero para que los acuerdos regionales puedan ser eficaces, estos países tendrán que atreverse a marchar hacia políticas macroeconómicas comunes y hacia decisiones estratégicas amplias, profundamente comprometidas con una visión transnacional. Esto significa ceder en lo que respecta a la soberanía nacional tradicional en beneficio de todos, así como practicar un ejercicio activo de concesiones que permita consolidar condiciones para ejercer un poder global mínimamente compatible con la magnitud de las fuerzas en juego, incluso en el marco de las negociaciones con EEUU para concretar un eventual ALCA.

Hay una América Latina profunda –aferrada a sus raíces coloniales por causa de la perpetuación de la explotación– que vuelve a manifestarse con más intensidad en momentos de impases

En Suramérica, con un número menor de países y en donde tan solo cuatro de ellos –Brasil, Argentina, Colombia y Venezuela– detentan el 82% del PBI de la región, hay un claro espacio de integración autónoma. Parece que el camino más adecuado para la reaglutinación de fuerzas de dicha región es apostar –por sobre los escombros del Mercosur– a una *unión suramericana* sinergizada por proyectos comunes de infraestructura. Hace falta una disposición a renunciar a *falsas soberanías* en nombre de una nueva autonomía negociada con las corporaciones y el capital global. Estos proyectos, a partir de zonas de interés efectivo incluso para el sector privado –como ocurrió en Europa en torno de la Comunidad del Carbón y del Acero, génesis de la Unión Europea–, deben centrarse en tres ejes:

– El primero es un plan de crecimiento autosustentado para la región amazónica; dicho sea de paso, o nuestros países se encargan de cuidar a esta gigantesca reserva biológica e hídrica u otros lo harán.

En la sociedad global, la política renace no por la acción de quienes deciden sobre las nuevas tecnologías, sino a través de la expresión y discusión públicas de riesgos imprevisibles de dichas decisiones

– El segundo es una ruta eficiente que una el Pacífico con el Atlántico, con inmensas posibilidades de ganancias económicas y la pacificación política de tensiones históricas que involucran a varios países de la región.

– Finalmente, un acuerdo energético de grandes proporciones que incluya petróleo, gas, electricidad y biomasa, además de la gestión conjunta de la mayor reserva de agua dulce del planeta.

Apoyada en estos ejes, una Unión Suramericana –semejante a la de la UE– pasaría finalmente por encima, de cualquier cuestión nacional mezquina, y brindaría masa crítica para negociaciones concretas con los grandes actores económicos globales, incluyendo proyectos en materia de inversión de mutuo interés.

El único medio de actuación con que cuentan los Estados para contrarrestar las pérdidas crecientes de autonomía consiste en entender el juego global y de las grandes corporaciones, e imitarlas en agresividad y en escala, para así hacerse de un peso negociador suficiente. Es en este contexto que la cooperación entre las naciones debe desarrollarse, ya no en un esquema de referencia *internacional* sino transnacional. Está claro que siempre habrá posibilidades para concretar múltiples acuerdos bilaterales o para la formación de bloques de interés ocasionales, de geometría y duración variables. Estos acuerdos pueden cobrar la fisonomía del Grupo de Río, del Grupo de los 20 o de otros alineamientos de países con tácticas o estrategias que puedan acercarse temporalmente según la particularidad de sus agendas. Un caso ejemplar es el de las articulaciones exitosas entre Brasil, Sudáfrica y la India sobre la cuestión del combate contra el sida que, bajo la presión articulada de la sociedad civil y de los Estados, obligó a las transnacionales a suscribir un acuerdo que claramente benefició a todos. Estas alianzas deben ser explotadas al máximo, pero su duración tiende a ser temporalmente limitada y ocasional.

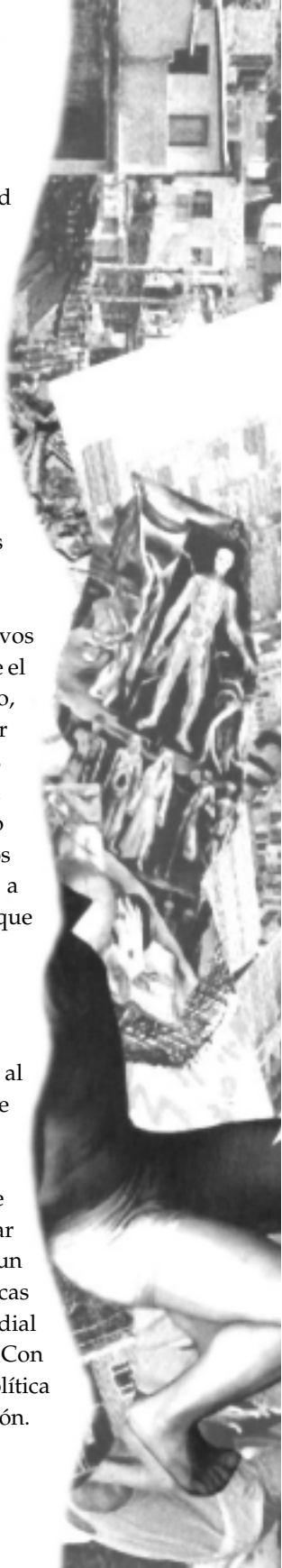
En cuanto al papel de la sociedad civil, los actores sociales contemporáneos organizados en ONGs también se hicieron presentes –con alguna mención destacada en la prensa– en algunas manifestaciones sociales y en presiones políticas dirigidas al medio ambiente y a los derechos humanos. Pero hay una América Latina profunda –aferrada a sus raíces coloniales por causa de la perpetuación

de la explotación– que vuelve a manifestarse con más intensidad en momentos de impases. Más allá de movimientos circunstanciales por las crisis estructurales –como es el caso de los piqueteros en Argentina, del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil y de la insurrección de la población indígena en Bolivia en función de las prohibiciones del cultivo de la coca–, queda en el aire el abarcador «problema indígena», eternizado en el debate político latinoamericano. Parcelas considerables de estos nuevos movimientos buscan apoyo y supervivencia en grupos «fuera de la ley» que, por su parte, los utilizan para reforzar su poder económico, político y bélico. Con ello, se agrava la dificultad de dichas poblaciones para reconocer al Estado de Derecho y a las instituciones democráticas como fuente legítima de poder.

Más allá de las reglas del Estado, se multiplican los polos alternativos de poder y redes de alianzas espurias que incluyen crecientemente el estímulo a la marginalidad, al homicidio, a la prostitución, al robo, al secuestro y al tráfico de estupefacientes. Así, los vacíos de poder del Estado terminan ocupados por relaciones institucionales incestuosas entre el aparato estatal, los nuevos movimientos de la sociedad civil y el narcotráfico: en este sentido, el caso colombiano resulta paradigmático. Todo esto alimenta, obviamente, pretextos para la intervención de EEUU en países de la región, escenario a veces estimulado por los propios gobiernos latinoamericanos y que genera una creciente realimentación de la violencia.

La reconstitución del espacio de la política en la era global

Las estrategias del neoliberalismo intentaron remodelar el Estado al servicio del mercado mundial, transformándolo en una suerte de facilitador y prolongación del mismo. Esto implica el reconocimiento del carácter paradójico de los Estados y de la política: al mismo tiempo que se intenta reducirlos, ellos son indispensables e insustituibles. Los gobiernos, en la doble función de origen y lugar acogedor de actores y empresas de la economía mundial, juegan un papel decisivo. Los Estados son presionados –a través de las políticas de reformas neoliberales– a entrar en el juego de la economía mundial y son mantenidos en intensa competencia los unos con los otros. Con esto, ellos se reducen a ser operadores de segundo nivel de esta política económica mundial, cada vez más limitados en el espacio de acción.



La vieja diplomacia bilateral de los Estados ha sido poco a poco reemplazada por otra, multilateral, en la que los actores globales juegan el papel más importante. En el nuevo nivel de las arenas políticas transnacionales –Organización Mundial de Comercio, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, G-8, G-20– es en donde se juegan las partidas más decisivas.

En la sociedad global, la política renace no por la acción de quienes deciden sobre las nuevas tecnologías, sino a través de la expresión y discusión públicas de riesgos imprevisibles de dichas decisiones; no porque se prefiera retirar capitales de un país *que se ha portado mal*, sino por la extensa exposición a la opinión pública local e internacional de las consecuencias de estas medidas sobre el desempleo; no por la invención de una droga revolucionaria para el sida, sino por el implacable debate alusivo a los millones de portadores que no tendrán recursos para comprarla.

Hacer el juego de la política significa redefinir y ejercitar el monopolio de la legitimación estatal y democrática en la confrontación con la economía mundial. Después de todo, la concentración de poder en manos del capital es precaria desde el punto de vista de la legitimidad y de la opinión pública, lo cual genera una grave crisis de confianza. En el caso de conflictos públicos, el sostenimiento de las acciones de los grandes grupos va a depender fuertemente de la movilización de los Estados y del juego político democrático de los que todavía tienen el monopolio de la legitimación.

En el plano de las instituciones internacionales, el modelo creado por Bretton Woods da señales de pronto agotamiento y pérdida de coherencia en su discurso hegemónico, hasta ahora claramente alineado con los intereses norteamericanos y del capital internacional. El actual caso de la Argentina es paradigmático. El gobierno de Néstor Kirchner se ha visto obligado a enfrentar abiertamente al FMI y a los acreedores internacionales ofreciendo el pago de únicamente 25% de la deuda externa, dejando claro que una de las causas principales de la crisis fueron las propias reglas que le habían sido impuestas. Otro organismo importante, la OMC, parece paralizado después de Seattle, con señales crecientes de pérdida de legitimidad.

Para que la política retome su rol, será necesario abrir un intenso debate sobre la legitimación de la economía mundial, lo que incluye un examen más profundo de las causas del terrorismo como arma de los desesperados y de los fanáticos (y sus conexiones con la exclusión y la ausencia de verdadera política). Frente a los déficit crecientes y endémicos de legitimación, esta política revi-

talizada podría quebrar la hegemonía del discurso neoliberal y sustituirlo por un discurso de autorrenovación política, exigiendo a la economía mundial responsabilidad, imputabilidad y transparencia. Ante la opinión pública y el electorado, ello significa transformar bellas palabras y retóricas declaraciones de intención –incluyendo los viejos principios de justicia y de derecho ya definidos en cartas de la ONU– en iniciativas concretas de organismos legislativos y ejecutivos a escala nacional, internacional y transnacional.

En realidad, se están abriendo en el entorno transnacional oportunidades para acciones estratégicas estatales cuyo número, alcance y calidad son inimaginables en el ámbito nacional. El gobierno de «Lula», en el caso de Brasil, es un ejemplo de intento de dicha práctica. Contenido en el plano interno por las restricciones presupuestarias y por las rígidas limitaciones de la política monetaria que le imponen las circunstancias, este gobierno ha tratado de sacar ventajas de acciones políticas originales en el campo global, articulando alianzas como las del G-20, que han abierto interesantes espacios a las mismas limitaciones externas. Pero la salida del paradigma nacional es siempre más eficiente cuando no es un acto solitario. En el caso de América Latina, por ejemplo, cuantos más países estén involucrados en una convergencia transnacional regional, más peso tendrá la participación de este bloque en el juego de poder internacional, incluso para negociar y exigir mejores condiciones frente a la fuerza del capital.

Bibliografía

Audley, John J., Demetrios G. Papademetriou, Sandra Polaski y Scott Vaughan: *La promesa y la realidad del Tlcan: lecciones de México para el hemisferio*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, D.C., 2003.

Beck, Ulrich: *Pouvoir et contre-pouvoir à l'ère de la mondialisation*, Flammarion, París, 2003.

Cepal: *Panorama Social da América Latina*, Santiago de Chile, 1999-2000.

Cepal: *Panorama Social da América Latina*, Santiago de Chile, 2002-2003.

Dupas, Gilberto: «União Sul-Americana: um Imperativo» en *Folha de São Paulo*, San Pablo, 10/5/05.

Dupas, Gilberto: «A América Latina e o Novo Jogo Global» en Gilberto Dupas (org.): *América Latina no Início do Século xxi: Perspectivas Econômicas, Sociais e Políticas*, Unesp, San Pablo, 2005.

Dupas, Gilberto: *Atores e Poderes na Nova Ordem Global: Assimetrias, Instabilidades e Imperativos de Legitimação*, Unesp, San Pablo, 2005.

Dupas, Gilberto: *Hegemonia, Estado e Governabilidade: Perplexidades e Alternativas no Centro e na Periferia*, Senac, San Pablo, 2002.

Dupas, Gilberto: *Economia Global e Exclusão Social: Pobreza, Emprego, Estado e o Futuro do Capitalismo*, Paz e Terra, San Pablo, 2001.

Dupas, Gilberto: «Os Grandes Desafios da Economia Globalizada» en Ignacy Sachs, Jorge Willeim y Paulo Sérgio Pinheiro: *Brasil: um Século de Transformações*, Companhia das Letras, San Pablo, 2001.

Dupas, Gilberto: *Ética e Poder na Sociedade da Informação*, Unesp, San Pablo, 2001.

Dupas, Gilberto: «Assimetrias Econômicas, Lógica das Cadeias Produtivas e Políticas de Bloco no Continente Americano» en *Seminário Sul-Americano preparatório para a Reunião dos Presidentes da América do Sul*, Brasilia, 7/8/2000.